

6.

DOÑA MARÍA CORONEL.

LEYENDA ORIGINAL

de

D. MANUEL CANO Y CUETO

laureada con el primer premio

EN EL ASUNTO DE LEYENDA

en el certámen literario

CELEBRADO POR LA ACADEMIA SEVILLANA

DE BUENAS LETRAS

EN EL AÑO DE 1874.

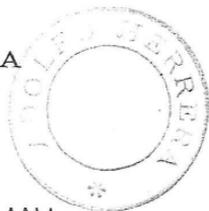
*A mi muy querido amigo, el eminente
crítico y literato Sr. Don Antonio Sanchez Algeza
en muestra de admiración y amistad*

CUALQUIER COSA: VERSOS

SEVILLA.

IMP. DE R. BALDARAGUE
GALLEGOS, 5 Y 7,

1874.



*Al Sr. D. Ricardo de Rojas,
Marqués de Allentos, el poeta de
sus Domingos como cariñoso recuerdo
de amistad.*

El Autor.

DOÑA MARIA CORONEL.

LEYENDA.

.....
La muy casta dueña, de manos crueles,
digna corona de los Coroneles,
que quiso con fuego vencer sus fogueras.

Juan de Mena.

I.

De la crítica palenque,
Y de la historia tormento,
Aparato prodigioso
Para novelas y cuentos,
Es la borrascosa vida
Del Rey Don Pedro Primero,
En quien halló la conseja
Su más ancho fundamento.

Entre la gente sencilla
Tiene su nombre tal éco,
Que unos le admiran con susto
Y otros le infaman con miedo.

Si le dan distintos nombres
 Los que analizan sus hechos,
 De la crítica formando
 Reñidísimo tornéo,
 Es porque fué su persona,
 Tan grande, que quiso el cielo,
 Que el que vivió siempre en guerra
 Moviese á discordias, muerto.

—
 Educado por su madre,
 Que en vida de Alfonso Onceno,
 No fué ni Reina ni esposa,
 Bebió el encono en el pecho
 De la que, de mártir santa
 Trocóse en verdugo fiero.

Trás femeniles rencores
 Halló el ódio campo abierto
 Para convertir á España
 En un mar de sangre inmenso.

La Nobleza y los Bastardos,
 De loca ambicion sedientos,
 Dieron la voz con que Némesis
 Regocija á los infiernos.

Alzáronse algunos Nobles,
 Alentando á los primeros
 El viejo Don Juan Alfonso
 Coronel, á quien el cielo
 Dió por hijas á dos soles,
 En hermosura portentos.

Murió D. Juan como siempre
 Los revoltosos murieron,
 Y sus hijas encontraron

En dos La Cerda sus dueños.

En D. Alvar D.^a Aldonza (1)
 Y á D. Juan, plúgole al cielo
 Dar en su esposa María
 El más señalado premio.

—
 Es condicion harto triste,
 Mas probada con ejemplos,
 Que el sanguinario apetito
 Engendra impuros deséos.

Y nunca se halló tirano
 Que trás un festin sangriento,
 No buscára en el deleite
 Olvido á sus pensamientos.

El Rey, en quien amor era,
 Más que amor, vil desenfreno,
 Puso los impuros ojos
 Y el incontinente anhelo
 En las dos nobles esposas
 De los La Cerda, que fueron
 Bien distintas en acciones,
 Si hermanas por nacimiento.

Los maridos, que seguian
 Las banderas de Don Pedro,
 En ocasion bien amarga
 Para su estrella, supieron
 Que su honor immaculado
 Estaba en peligro puesto,
 Y que el ladron que anhelaba

(1) Lafuente, y algunos otros historiadores casan á D.^a Aldonza con D. Alvar Perez de Guzman.

Tesoro de tanto precio
 Era el Rey, por quien su sangre
 Derramaban combatiendo.

¿Halló el Rey, en sus personas
 Valladar á sus intentos,
 Ó los La Cerda, traidores
 Para vengarse se hicieron?

Las dos esposas, sus vidas
 Demandaron á Don Pedro.....
 Una la alcanzó—¡Dichosa
 Quien no la compró á tal precio!

II.

Tórtola viuda, que tiendes
 El vuelo en busca de calma,
 ¡Cuándo encontrará tu alma
 Sitio donde descansar!
 ¿Cómo poder hallar nido
 Para ocultar tu amargura
 Si el astro de tu hermosura
 Te persigue sin cesar?

En vano luchas, en vano,
 Casta y hermosa María,
 Crece del Rey la porfía
 Á compás de tu rigor,
 Y es su indomable deséo
 Rayo que todo lo abrasa,
 Huracan que por dó pasa
 Deja rastro de dolor.

Mas el honor te defiende;
 Y él por tu decoro vela,

Y ante el crimen se revela
Airado, todo tu sér.

Que no fuiste nunca esclava
De torcido pensamiento,
Y el honor, fué el sentimiento
Que te encadenó al deber.

¡Honor! ¡Deber! Claros soles
Que la conciencia iluminan,
Astros puros, que encaminan
Al templo de la virtud!
¡Honor! ¡Deber! Manantiales
Fecundos, que en este suelo,
Forman de la vida un cielo
Y un altar del ataud!

Busca un refugio escondido,
Oculta en él tu belleza,
Porque del Rey la impureza
No ha de seguirte allí en pós.

Busca un templo, que en sus naves
Calla el humano apetito,
Pues jamás nace el delito
Ante los ojos de Dios.

.
.

Así lo hiciste, María,
Encontrando en Santa Clara,
El nido donde olvidára
Tu mente, presa de afán
Aquellos tristes desvelos,
Aquella horrible agonía,
Aquel temer noche y día
Del Rey el torpe volcan.

III.

Un convento es morada misteriosa,
 Mansion dulce, tranquila, silenciosa,
 Impregnada de amor santo y profundo,
 Llena de castidad y de pobreza,
 Oásis divino dó concluye el mundo,
 Templo sagrado donde Dios empieza.

Ángeles son las tímidas palomas
 De esos sublimes nidos,
 Que tienen del incienso los aromas
 Y de eternas plegarias los sonidos.

Ángeles son las vírgenes que gimen
 Por pecados, tal vez, que ellas ignoran:
 Almas que tanto adoran
 Que nuestras faltas míseras redimen
 Con el llanto piadoso con que lloran.

—

Tras el cancel sombrío,
 El altar elevado y misterioso:
 Allí una Cruz, en ella un cuerpo frío
 Y un semblante affigido y doloroso.

En el huerto, silvestres florecillas,
 Tan puras, tan hermosas, tan sencillas,
 Como los dulces séres,
 Que, al recordar al fin que son mugeres,
 Para hacer de su amor púdico alarde
 Con delicado y mágico embeleso,
 Siempre cierran sus broches con un beso
 Que recogen las brisas de la tarde.

En la celda una *cosa* parecida
 Á un lecho, que el calor ha respirado
 Del cuerpo de la vírgen adormida,
 Cuerpo de nieve de carmin bañado.
 Y una Cruz, y la Imágen salvadora
 De la Madre que tiende su mirada
 Abrasando en su amor á la cuitada,
 Que por ella suspira, reza y llora.

¡Y nada más! En tan pequeño espacio
 Vé la monja, en su celda, su palacio;
 En el huerto sencillo y sin abrojos,
 Lleno el pecho de calma,
 Encanto y distraccion para los ojos,
 Y en la capilla un cielo para el alma.

Y así pasan los años y los años
 Sin llorar mundanales desengaños,
 Y muerta para el mundo
 Siente miedo profundo
 Cuando escucha contar cosas extrañas,
 De muertes y campañas,
 De fratricida guerra.....
 Y presa de amargura y desconsuelo,
 ¡Qué cosas, dice, son las de la tierra!
 Presintiendo, tal vez, que ella es del cielo.

Jamás llegó á su oído,
 Ni la queja amorosa, ni el arrullo
 De un pecho apasionado y conmovido,
 Ni de dulces suspiros el murmullo,
 Ni de besos el éco estremecido.

Ignoró la ventura y el contento
 Del éxtasis de amor, puro, callado!
 ¡Sublime arrobamiento

En que el mundo á los ojos desaparece
 Y el alma meláncolica se mece
 En piélagos de sueños y de auroras!

No conoció las horas
 Pasadas en las danzas y festines;
 Que no vió otros confines
 Su pobre pensamiento,
 Que la celda tranquila del convento,
 Y el huerto con sus aves y jazmines.

Si por burla traidora de la suerte,
 Como muger, para el amor nacida,
 Sintió en su pecho palpitar la vida,
 Encerrada en la tumba de la muerte,
 Corrió en sus venas frío,
 Y llamó á la oracion como consuelo;
 Y si creció su anhelo,
 Ella exclamó llorando: ¡Dueño mío!
 ¡Ámame tú que sin amor me hielo!

IV.

En el convento la calma
 La triste viuda encontró,
 Y quizás diera al olvido
 La torpe persecucion,
 Á no tener en el pecho
 Por centinela su honor,
 Que agorero presentia
 Lo que al cabo sucedió.

Que como el Rey no dejaba
 Dormir su insensato ardor,
 No fuera extraño por cierto

Que en la morada de Dios
 Entrase á tomar el diablo
 Lo que en el mundo no halló.

Por aquel tiempo una monja
 Pasó á existencia mejor,
 Y despues que de la muerta
 El claustro se despidió,
 Con lágrimas en los ojos
 Y luto en el corazon,
 Sola junto al catafalco
 Puesta de hinojos quedó
 La noble viuda, pidiendo,
 Con más llanto que oracion,
 A la muerta, que llevára
 Como prenda de su amor
 Un recuerdo al desgraciado
 Esposo á quién tanto amó.
 ¡Que los muertos, de los vivos
 Fieles mensageros son!

Á un cadáver cercan siempre
 Tantas sombras, tanto horror,
 Que en lúgubres pensamientos
 La pobre imaginacion
 Se pierde, evocando el alma
 Fantasmas que dan pavor.

Así el lugar y la hora
 Y el viento, que con su voz
 Murmuraba entre las naves,
 De aquella triste mansion,
 Y las sombras y el cadáver,

Mudo, yerto, aterrador,
 De tal modo de la viuda,
 Ofuscaron la razon
 Que ante sus ojos un mundo
 De vanas formas surgió.

—
 Creyó ver, que de tumbas y lucillos
 Alzábanse fantasmas sepulcrales,
 Espectros pavorosos é infernales,
 Esqueletos enjutos y amarillos.
 Y escuchó que con voces tristes, secas,
 Cánticos funerarios entonaban
 Que en las naves del templo resonaban,
 Cual gime el viento entre las cañas huecas.

Oyó un ruido, y ¡por Dios! que ella no sabe
 Si es ensueño ó ficcion de su pavura
 Ó el áspero crugir de cerradura
 Á quien hace violencia falsa llave.

Miró sombra espantable que avanzando
 Por el oscuro corredor cruzaba
 Y que en el coro solitario entraba,
 Ecos mil con sus pasos levantando.

Quiso gritar, no pudo, estremecida
 Sintió en sus venas del terror el frío,
 Y más creció cuando escuchó:

«¡Bien mio!
 »¡Al lado de la muerte hallé mi vida!»
 Todo lo comprendió! Grito lanzando
 De cólera y de horror, leve, ligera
 Huyó del coro con fugaz carrera
 El intento sacrílego burlando.

Era el Rey!—Era el Rey el que así hollára
 El santo templo con su planta impura,
 ¡Á mirar el cadáver tal locura
 Tal vez de ser cadáver se alegrára!

—

Siguió el Rey á la beldad
 Que su torpeza irritaba
 Y con su honor levantaba
 Barrera á su liviandad,
 Y al recobrarla

—¡Por Dios!

Exclamó con altivez,
 Que es tiempo que de una vez
 Nos conozcamos los dos.

En tu crudeza sin par,
 Se estrella mi pasion loca,
 Mas si tú eres fuerte roca,
 Yó soy formidable mar.

Nada de inútiles quejas,
 Aun cuando tu honor peligre....
 —¡Socorro!

--Sí, contra el tigre
 Que entra en un redil de ovejas.

—Ved que el honor es mi ley!

—Yó haré cenizas tu honor.

—¿Qué es honor? Si no una flor
 Que muere á manos de un Rey?

—Nada lograréis!

—¡Al cabo

Venceré cual Rey!

—¡Mancilla

Es que alimente Castilla

Á un Rey del crimen esclavo!
 —Ese alarde de virtud
 Es encubierto rencor.
 —¡No reconoce el honor
 Venganza ni gratitud!
 —Culpad á vuestra belleza
 Que ella mi sangre enardece.
 —No mi rostro, os enloquece
 El volcan de la impureza.
 —Si holló mi planta el convento,
 Y al fin sacrílego soy,
 Á probarte muger voy
 Que no fué vano mi intento.
 —¡Marchad de aquí!
 —¡Nunca á fé!
 Este afan es mi suplicio.
 Yó tu hermosura codicio,
 Y ¡vive Dios! ¡la tendré!—

—

Y, ¡oh cuadro horrendo! Como tigre hircano
 Salta sobre su víctima esperada,
 Y con la hambrienta boca ensangrentada
 Rasga su cuello con furor insano.

Así el Rey, estrechando á la que llora
 Entre sus fuertes brazos, rompe fiero
 El burdo paño y el crespon ligero,
 Que avaro guarda lo que torpe adora.

Por la nevada piel, corrió sin duda
 Por sangre fuego, por colores grana.
 ¡Nunca halló Abril en su gentil mañana
 Rosicler como el rostro de la viuda!

Fuerza, tal vez, en su vergüenza hallando
 Desasíose del Rey, lanzando un grito,
 Y «Yo sabré matar vuestro apetito
 Y con honra morir» huyó gritando.

.

Quiso seguirla el Rey—Oyó un gemido,
 Un grito penetrante y pavoroso,
 Y despues nada, el éco doloroso
 De un sollozo mortal y comprimido.

Quedó el Rey, como estatua inanimado
 Que aquél lamento su conciencia hería,
 ¡Qué mundo de pesar y de agonía
 Sucede siempre al mundo del pecado!

Creyó una cosa horrible en su amargura:
 Entró en el coro y escuchó en mal hora
 Una voz sepulcral y aterradora
 Que le dijo: «¡Rey vil, tén mi hermosura!»

Lleno de espanto el Rey cayó de hinojos,
 Quiso hablar y no pudo. Su tormento
 No lo explicára á fé con el acento
 Mejor que con el llanto de sus ojos.

Vertió llanto, mas ¡ay! quién no llorára
 Al ver aquel semblante lacerado,
 Aquel rostro divino ensangrentado
 Por el fuego en que honor levantó un ára.

La llama de una antorcha fué la pira
 Que al abrasar de un rostro la belleza
 Hizo tambien cenizas la impureza,
 Que torturaba un corazon con ira.

¡Que siendo la hermosura el fiero yugo
 Que irritaba el volcan del apetito,

La hermosura en sí misma vió el delito
Y mató con la víctima al verdugo!

El Rey mudo quedó, mas la matrona:
«Contemplad, dijo al Rey, ¡cuán poco dura
»La codiciada flor de la hermosura,
»Y ved si al crimen la belleza abona!
»Buscad ¡oh Rey! con decidido empeño,
»En el honor, en la virtud bendita,
»La belleza que nunca se marchita,
»Que no pasa cual nube ó sombra ó sueño.

—
Y el cadáver, que testigo
De accion tan ínclita fué,
Á recobrar la existencia
Tuviera envidia tal vez
De la que no se dió muerte
Por conservar su honra fiel,
Si no mató su hermosura,
Que es accion de más valer.

«Pedidme, dijo D. Pedro,
Una gracia, una merced...»
Y la viuda sollozando
Respondióle: «Á Santa Inés
Labro un templo, en él mis preces
Al Señor elevaré
Para que al hombre perdone
Y de dichas colme al Rey.»

—
En él todos los años vé Sevilla
El cuerpo de la Santa Fundadora
Y como está incorrupto, el pueblo adora
El semblante divino donde brilla

Con fuego escrito el generoso ejemplo
Del honor más sin tacha, en que halla un templo
El corazón cristiano,
Timbre de gloria el pueblo sevillano,
Y eternas laureles
El blason de los nobles Coroneles!

CUALQUIER COSA: VERSOS.

Á MI QUERIDO AMIGO

EL REPUTADO CRITICO Y POETA

D. GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.

Dicen que reñidas andan
Las letras con las de cambio,
Que no hay génio, si es que vale,
Que tenga porte bizarro,
Que limpia lleve la cara
Y sin lámparas el sayo.

Dicen que no hay buen poeta
Que no sea un ente raro,
Con el semblante sañudo
Y el aire de presidiario.

Más ¡vive el cielo! que el dicho
Debe ser de un poetastro,
Perseguido por *ingleses*
Y por el hambre cercado.

Este dicho cobró fama
Entre el vulgo, sin embargo,
Y por él se ven los vates
Como los *parias* tratados.

No hay doncella que suspire
 Por un jóven Garcilaso,
 Y no hay mamá que no tema
 Sus versos emponzoñados.

Los papás, con rostro fiero,
 Les dan el nombre de vagos,
 Los nécios, les llaman, locos,
 Simples, las almas de cántaro.

Mas, cómo nó ¡vive Cristo!
 Si al vulgo se le ha enseñado,
 Que las nueve diosas nunca
 Pudieron comprar zapatos,
 Y que el rubicundo Apolo
 Comió mal y de fiado.

Que es preciso tener hambre
 Para hacer epitalamios,
 Y empeñar capa y camisa
 Para zurcir dramas trágicos.

¡Basta por Dios, nécio vulgo!
 Si tu cerebro está sano,
 Considera que el ingenio
 Es un don bendito y santo,
 Que así mora en las bohardillas
 Como habita en los palacios.

¡Que tan bueno es el diamante
 Que cae del pobre en la mano,
 Como el que aumenta el tesoro
 De algun magnate preclaro!
 Para este sirve de lujo,
 De aquel remedia el quebranto.

Mire el vulgo en tu persona
 Queridísimo Gonzalo,

Contra sus falsas ideas
Argumentos bien contrarios.

Modelo de buenas formas
Y claro espejo de hidalgos,
Banquero por la fortuna
Y por Dios vate inspirado,
Tan amigo de Mercurio
Como del coro Castalio
Las letras dulces, divinas,
Hermanas con las de cambio.

Yó mis versos te dedico
Como prenda y como lazo,
De una admiracion tan justa
Como de un cariño grato.

No leerás en estas hojas
Sublimes y épicos rasgos,
Mi pátria es mi amor, mi cielo
Es la muger y á ella canto.

Que si mi plectro vibrase
Á compás de mi entusiasmo,
Henchido de santo fuego
Y en alas del amor pátrio,
Cantára á mi triste España
Con acento tan amargo,
Que á las viles Mesalinas,
Á los traidores é ingratos,
Á las hienas que devoran
El pueblo del Dos de Mayo,
Asomára la vergüenza
Á sus rostros mancillados,
Y fuera un cantar de sangre
Que atronára los espacios.

Que aunque el vulgo diga pestes,
Y á los vates dé mal trato,
Se encuentra en algunos de ellos,
Un pecho bastante hidalgo
Que refrena sus pasiones,
Y canta lo que ahora canto.
Te debo mucho cariño,
En malos versos te pago.

¡POBRES FLORES!

Á MADEMOISELLE B.

Pobres flores!—¡Las dos! Las dos han muerto.
 Una marchita y abrasada otra,
 No preguntéis la historia de su muerte
 Porque sabréis mi historia.

Á la que ella me dió, loco de dicha,
 La alcé un altar en mi ardoroso pecho,
 Mas murió en breves horas que ¡no viven
 Las flores sobre fuego!

Mi triste flor, sobre su rico traje
 Prendió su mano, con afan aleve,
 Mas murió en breves horas que ¡no viven
 Las flores sobre nieve!

*
* *

Sus ojos me decían suspirando,
Lo que su boca ardiendo murmuraba.
Sus manos enlazaba con las mías.
¡Mi corazón lloraba!
Con trémulas palabras, juramentos
De un amor sobre humano repetía....
Y ¡al ver que la escuchaba embebecido,
Su corazón reía!

Á X.

¿De qué te sirve, dí, muger de nieve
Tener un bello rostro encantador,
Si dentro de tu pecho nacarado
No late un corazon?
Las estatuas se admiran, no se adoran,
Son objetos de lujo y vanidad.
Los ojos las contemplan... pero amarlas
El corazon... ¡jamás!

MI AMOR.

—

Á CONCHA.

Mi amor es más sereno que las aguas
De un lago cristalino,
Más profundo que el mar, y es aun más tierno
Que el éco de un suspiro.
Es la union de tu alma con mi alma.
La luz junto á la sombra,
Arroyo que se mezcla y se confunde
Con indomable ola.
Es la voz de la brisa que á tu oído
Murmura mil canciones,
Es el céfiro alegre que equivoca
Tus lábios con las flores.
Es el ángel que alegre me acompaña,
De mi esperanza luz.
Y, el nombre de ese ángel ¡vida mia!
Solo lo sabes tú.

EL JORDAN.

En su seno de vírgen, apoyada
 Mi frente abrasadora,
 Ella escuchó, llorando y sin respuesta,
 Mi turbulenta historia.
 ¡Ella, mi bien, mi vida, mi delirio!
 En aquellos momentos,
 No era muger, ni amante, ni adorada,
 Era un ángel del cielo.
 Un ángel que escuchaba conmovido
 La confesion sincera,
 De un alma arrepentida, que llorando
 Busca alivio á su pena.
 Yó confesé con lágrimas ardientes,
 Historias de deseos,
 Crímenes monstruosos que se urdian
 Allá en mi pensamiento.
 Ebrias pasiones, ambiciosos planes,
 Toda esa triste historia
 Cieno del alma, que corrompe el cuerpo
 Y á la conciencia enloda.
 Ella turbada, inquieta, estremecida,
 Palpitante, escuchaba
 Aquella historia lúgubre y diforme
 De sombras y fantasmas.

¿Me perdonas? la dije—¡Te amo tanto!

Fué solo su respuesta.

Repetí ¿me perdonas?—y callaba

Su enmudecida lengua.

¿Me perdonas?—Y ví que de sus ojos

Las lágrimas brotaban,

Resbalando cual gotas de rocío

Sobre mi frente pálida.

Y al ver que ella era un ángel, y su llanto

Lágrimas de ángel eran...

Á sus piés me arrojé.... ¡dichoso instante!

Paz tuvo mi conciencia!

Era un Jordan bendito aquellas tristes

Desconsoladas lágrimas....

Era llanto de un ángel, y su llanto

Purificó mi alma.

EN UN ALBUM.

En un album, el talento
Escribe grave sentencia,
Un consejo la esperiencia,
El amor un sentimiento.
El vate con dulce acento
Canta lo que al mundo asombre,
Y yó infeliz, que soy hombre
Falto de ingenio y saber....
En un album ¿qué he de hacer
Sino poner solo el nombre?....

Á LA MEMORIA

DE LA

SEÑORITA DOÑA MERCEDES LASARTES.



La luna iluminaba su cabeza,
 Semejaba un dormido serafín,
 Sus entreabiertos lábios murmuraban

Despues de amar... morir!

Cuando las tintas suaves de la aurora
 Quisieron en su estancia penetrar...
 Se oyó ruido de alas y murmullos
 De un éco celestial.

Vino la tarde con sus tristes horas,
 Á la tarde la noche sucedió!...
 ¡Todo callaba! Hasta callaba helado
 Su vírgen corazon.



¡SIN ALMA!

Al oír de mi lábio conmovido,
La confesión de mi cariño inmenso,
Por saber si mi lábio no mentía
 Se miró en un espejo.
Y al verse tan hermosa cual mi alma,
La retrató en mágico embeleso,
Volvió el rostro hácia mí, y, me ama, dijo,
 De orgullo sonriendo.
Y yó llorando al comprenderla entónces,
¡No me ama! exclamé—Sus ojos bellos
En el cristal de mi alma se veían,
 Y ella ¡buscó un espejo!—

¡QUÉ SOLA Y QUÉ TRISTE!

La ví en la orilla del mar,
 Inmóvil como una estatua,
 Ocultando su cabeza
 Entre sus manos nevadas.
 De negro crespon vestia,
 Solo una rosa llevaba
 Prendida sobre su pecho,
 Y por el llanto quemada.
 Cuando todos los acentos
 Se perdieron en las alas
 De la noche y las tinieblas,
 En las ondas se enredaban....
 Ella levantó su frente,
 Secó sus ardientes lágrimas,
 Y acercó á sus secos lábios
 La pobre flor marchitada.
 La pura luz de la luna,
 Su hermoso rostro bañaba,
 Y triste, con lentos pasos
 Se alejó de aquella playa....
 Y las ondas se estendian
 Para recoger sus lágrimas!

.

 ¡Cuando allá léjos, muy léjos!
 Ocultóse á mis miradas,
 ¡Dios mio! exclamé ¡qué sola
 Y qué triste está su alma!

LAS TRES GRACIAS.

EN EL ALBUM DE LAS SEÑORITAS DE CONILL.

Cuando era niño, tenía
 Un libro en el que estudiaba,
 Los dioses y las creencias
 De las épocas pasadas.
 Ví, que en el cielo pagano,
 Habia una Juno, irritada,
 Un Vulcano, tuerto y cojo,
 Una Vénus rubia y blanca.
 Y, que la turba de dioses
 Que el azul cielo manchaban,
 Á los infiernos cayeron
 Cuando la cruz se elevaba.

Solo Dios, perdonó á tres
 De la general venganza,
 Al ver sus semblantes puros,
 Sus dulcísimas miradas,
 Por ser las Gracias, tres diosas,
 Tan hermosas como castas.
 Mas temiendo que los ángeles
 Al verlas se enamoráran,
 Por quitar las tentaciones
 Les dió el mundo por morada.

Y hay quien dice, que aquel día
 Hubo en las regiones altas,
 Celos y envidia á los hombres,
 Suspiros, voces y lágrimas.

Cuando á la tierra bajaron,
 El sol los montes doraba,
 Y Dios aumentó su lumbre
 Por temor de que nublaran,
 Con el fulgor de sus ojos
 La pura luz que derrama.
 Á sus piés brotaron flores,
 Suspiros murmuró el áura,
 Los ruiseñores cantaron,
 Todo cantó su alabanza.

—

¿Á dónde estarán? decía,
 ¿Á dónde moran las Gracias?
 Y las buscaba en los mares,
 En las flores, en las playas,
 En los giros de la brisa,
 En las tintas nacaradas
 De la aurora, ¡en todas partes!
 ¡Y era vana mi esperanza!

—

Pasó un año y otro y otro...
Y una tarde tibia y plácida
En la florida alameda
Que el Bétis divino baña,
En aparicion celeste
Que de gozo llenó el alma,
¡Ví tres niñas! ¡Ví tres ángeles!
Y en ellas. ¡Las tres Gracias!

TRANSFIGURACION.

I.

Gracias, vida del alma; lo he escuchado
 Y de placer palpito.
 —Tú eres mi mundo, mi ilusion, mi todo
 Dijiste entre suspiros.
 Tú de mí has hecho un poderoso Númen.
 Tengo para tu alma,
 El dulce ambiente de la flor que nace
 Y el murmurar del áura.
 De la nieve el rigor, el ronco acento
 De la airada tormenta,
 El fuego que devora las entrañas
 Del abrasado Etna.

II.

Si mis ojos cerrados por la angustia
 No contemplan tus ojos,
 Si no entonan mis lábios á tu alma
 Un himno misterioso,
 Si tus manos, mis manos temblorosas
 No estrechan blandamente
 Y airada nube por mis ojos cruza...
 Tus ojos se estremecen:
 Y buscando un asilo, allá en mi pecho
 Me enlazas con tus brazos
 Reprimiendo el dolor de tus suspiros
 De mi furor los rayos.

III.

Cuando yo abandonado á mis dolores
 No tengo una respuesta
 Á tus dulces palabras... tú sollozas
 Y suspiras y tiembblas.
 La nieve de mi pecho hiela al tuyo,
 Tu pecho tiene frio
 Y llamando á las puertas de mi alma
 Buscas en ella abrigo.

IV.

Mas, vida de mi vida, en los instantes
 En que brotan mil soles,
 Cuando dos almas, por el cielo cruzan
 Cantando sus amores,
 Cuando el Amor en lánguido desmayo
 Abraza á la Esperanza
 Y el corazon desprende embebecido
 Una bendita lágrima,
 Cuando surgen auroras esplendentes,
 Cuando el mundo es un cielo,
 Y se escuchan sonrisas y murmullos
 De celestiales besos...
 Entónces, vida mia, no hay volcanes
 De más ardiente lava,
 Que el fuego abrasador con que mis lábios
 Tu dulce boca inflaman.

Yó para tí soy rayo, y nieve y fuego...
¡Oh dulce bien querido!
¡Pero tú eres... ¡mi amor! y de tu mano
Todo el poder recibo.

A UNA COQUETA.

No pierdas, niña, la calma
De ese cristal al reflejo
Y advierte que en el espejo
No puede arreglarse el alma.

OLVÍDAME.

À M.

De tu bendita mano he recibido
La dulce flor, emblema del recuerdo,
¡No me olvides! me dice, ¡y olvidarte
Jamás podrá mi pecho.

¡Cómo te he de olvidar! vida del alma!
¡Cómo te he de olvidar si con mi llanto
Grabé en mi corazon, hermosa niña,
Tu nombre idolatrado!

¡Cómo te he de olvidar, si allá en mi mente
No brota un pensamiento que no sea
Una oracion bendita, una plegaria
Que mi pasion te eleva.

¡Cómo te he de olvidar! si de tus ojos
Dentro del corazon llevo yó el fuégo,
Y en él, de mi pasado las memorias
De los amores quemó.

¡Cómo te he de olvidar!—Si no es posible!
 Si olvidarte pudiera, yó me odiára.
 Si es por tí por quien sufro y por quien lloro
 ¡Benditas sean mis lágrimas!

Bien quisiera decirte ¡ídolo mio!
 Cuánto á mi pecho tu recuerdo enciende,
 Mas no hay palabras que expresar pudieran
 Lo que mi pecho siente.

Mas si quieres ¡oh prenda idolatrada!
 Que una prueba te dé de mi cariño....
 Te lo diré llorando ¡niña, olvídame!
 ¡Olvídame! bien mio!

Olvídame ¡ay de mí! nunca recuerdes
 Los crueles suspiros de mis lábios,
 Ni las lágrimas tristes que cayeron
 Sobre tu blanca mano.

No recuerdes jamás aquella tarde
 Que te encontré del mar junto á la orilla,
 Y al alejarte tú, besé las huellas
 De tu planta divina.

No recuerdes por Dios! aquellas horas,
 Que para siempre ¡por mi mal! huyeron
 En que estático, mudo, de rodillas,
 En tí encontraba el cielo.

Tú, refulgente sol, yó, niebla oscura!
Tú, rica y codiciada! yó, ignorado!
No puede amar el sol á las tinieblas!
¡No podemos amarnos!

Olvídame ¡ay de mí! llegará el dia,
En que de azahar, tu frente coronada,
No verás mi dolor, ni mis suspiros,
Ni mis ardientes lágrimas!

Entonces cuando rias y comprendas
Todo el rigor fatal de mi destino!
¡Entonces, ay! entonces ¡vida mia!
Bendecirás tu olvido!

EL VUELO.

—

EL ALMA.

En el aire pesado que respiro
 Encerrada en la cárcel de mi cuerpo,
 Débil por su dolor y su fatiga,
 Cuando aspiro á volar caigo y me duermo.

Marchando por el lodo miserable,
 Envuelta en sombras, en pesar y en cieno,
 Ansiosa miro las doradas cimas
 Do brilla un Sol espléndido y eterno.

Yó quisiera volar, mas la cadena
 Que ata mi sér al miserable suelo,
 Á mi empuje resiste prepotente
 Y esclaviza á la nada mis deseos.

Para huir del olor de nuestras tumbas,
 Para acercarme á mis dorados sueños,
 Yó no tengo las álas de esas aves
 Que cantando su amor vuelan al cielo.

LAS AGUILAS.

Alzamos nuestro vuelo en el espacio,
 En torrentes de nácar y de luz,
 Á nuestros piés la tierra desaparece
 Como una negra roca en el azul.

En la esfera en que el día se ilumina
 Bañamos nuestras plumas al pasar,
 Y más allá de la región del viento
 Nuestras alas columpia el huracán.

Mas tú nos vences ¡alma! que nosotras
 No podemos alzarnos de tí en póso,
 Ni respirar el aire que respiras
 En tu vuelo sublime y vencedor.

Te hemos visto entre el polvo y las cadenas,
 Hirviendo como lava de volcán,
 Subir del hondo abismo al alto cielo
 Y el escondido arcáno descifrar.

Jamás á nuestros ojos de diamante
 Pudo cegar el inflamado sol,
 ¡Mas qué miriada de encendidos astros
 Pudieron detenerte en tu ambición?

Vencemos las montañas y las nubes,
 Más hay barrera alzada á nuestro afán.
 ¡Tus alas son el pensamiento, y ese
 No halla dique jamás!

EL CUERPO.

No quieras en mí encontrar
Vil prision, vaso has de ver,
En que te sientes arder
Sin que te llegue á apagar.

Á un fin servimos los dos;
Yó de vaso, tú de incienso,
Me dejas y en vuelo intenso;
Yó voy al polvo, tú á Dios.

Debiera en esta partida
Querellarme de la suerte,
Siendo mi destino ¡muerte!
Es el tuyo ¡inmortal vida!

Á UN CADÁVER.

Una muger sin honra, es un cadáver
 Que el mundo arroja á un insondable mar,
 Cuerpo arrastrado por las negras olas,
 ¿Cuándo á puerto seguro llegarás?
 ¡Jamás! ¡Jamás! que la perfidia humana,
 Lanza sobre su crimen el baldon,
 Ayer ¡hombres! labrásteis su vergüenza,
 Hoy la mirais con lástima y horror.
 Yó la adoré, cuando en su frente pura,
 Una aurora brillaba celestial.
 ¡Ángel que lloras tus perdidas galas,
 Nunca mi pecho te podrá olvidar!
 Un mar hiciera con mi sangre toda
 Para que en ella te bañases tú.
 ¡Feliz fuera si el sol de tu mirada
 Hallar pudiera la perdida luz!
 ¡Cadáver de mi amor! llega á mí pronto,
 Te hace falta una tumba y un perdon.
 Halla un Jordan en mi abrasado llanto,
 Y una tumba en mi triste corazon.

EL VETERANO.

Niña, al estrechar tu mano
 Se me pone el rostro tinto,
 No quiero temblar ¡en vano!
 Que al más rudo veterano,
 El amor convierte en quinto.
 Esto me causa sonrojos,
 Pero á mi pecho no aterra.
 Contempla, niña, de hinojos,
 Y temblando ante tus ojos,
 Al que no tembló en la guerra.

.

Al más grande general
 De los siglos, le llegó
 Waterlloo para su mal,
 Y en tu rostro celestial
 Yó encontré mi Waterlloo

ME HAN DICHO.....

(A muchas.)

Me han dicho que tus ojos seductores
 Son astros de ventura y de consuelo,
 Me han dicho, que en tus lábios purpurinos
 Palpitan los suspiros y los besos.
 Me han dicho, que tu pié fué modelado
 En un copo de nieve, y que tu seno
 Es un nido de amor, que dos palomas
 De rosas y de nacáres tegieron.
 Más ¡ay! que de tu alma no me hablaron,
 Idólatras paganos de lo bello;
 Mirásteis la hermosura de la estátua
 Sin cuidaros del alma de aquel cuerpo.
 No debes, no, muger, envanecerte,
 Que eres no más ante sus ojos ciegos,
 Una escultura modelada en carne,
 Privada de un tesoro ¡el sentimiento!
 Lisonjas ¡ay! de la ceguera humana.
 Dais al orgullo pernicioso espejo...
 ¡Qué me importa, muger, la superficie,
 Barniz que acaba, que destruye el tiempo,
 Si es el fondo, si el alma es lo que busco,
 Si es lo inmortal la causa de mi anhelo!

DEL CIELO AL INFIERNO.

Suelto el cabello, turbia la mirada,
Desnudo el seno, de impureza henchido,
La frente por los besos marchitada,
Y el lábio de licor enrojecido,
Cortesana procaz, ébria, insolente,
Llevando la deshonra y la vergüenza
Con lodo escrita en la insultada frente,
Así yo la miré ¡desventurado!
Así la hice escuchar la melodía
De palabras de amor, para ella ignotas,
Y envuelto entre los écos de la orgía
Con celestiales notas,
Mi pecho por la angustia desgarrado,
Para olvidar memorias del pasado,
Un amor la juro grande y eterno,
Porque quiso la saña del destino,
Que trocára el amor puro y divino
Por el amor de vértigo y de infierno.
¡Oh noche horrible!—Entre tus negras horas
Cuántas deshonras concibió mi mente,
Cuántas risas traidoras
Brotaron de los labios ardorosos,
Que en un tiempo besaron pudorosos
La vírgen azucena de su frente.

La frente de la vírgen adorada,
 Altar de mi esperanza y mi alegría
 Que en lágrimas bañada,
 Recuerda con mi nombre su agonía.
 Por qué la abandoné?—Por qué, insensato,
 Busqué en los antros lóbregos del vicio
 Una tormenta que me diera calma?
 ¡Del cielo al precipicio
 Hay no más que un instante para el alma!
 Yó lloro más que tú, más triste lloro,
 Que es mayor el dolor de mi agonía,
 ¡Ilusiones de oro
 Morid en el estruendo de la orgía!
 Apártate de mí ¡procaz bacante!
 Olvido busqué en tí, no busqué amante.
 Tus palabras de amor me dan hastío,
 La luz del alba á despertar comienza,
 ¡Tengo en el alma frio
 Y los rayos del sol me dan vergüenza!
 Y tú si al fin lo perdonáras todo
 (¿Qué muger desgraciada no perdona?)
 No esperes, no, mi amor, que á tu corona,
 No puede nunca mancillar el lodo.
 ¡Oh! vírgenes de frentes sonrosadas,
 Que ignoráis los horrores de la vida,
 Que pensáis ser de un hombre idolatradas
 Con esa fé del cielo bendecida,
 Que nunca manchen vuestras puras frentes,
 Do brilla un sol espléndido y sereno,
 Unos lábios traidores é inclementes
 Impregnados de hiel y de veneno.
 Esos lábios que os besan entre arrullos,

Tal vez lanzaron la blasfemia insana,
Y en lodo se bañaron,
Cuando locos besaron,
La frente de la inmunda cortesana.
¡Infamia para el hombre,
Que del amor en nombre,
Para saciar la sed de su locura,
En pós de una pasion de luto y ruina,
Funde en el alma de la vírgen pura,
El alma de la torpe Mesalina!

*
* *

No me miren más tus ojos
No me miren más por Dios,
Que me han mandado los médicos
Que no me dé mucho el sol.

*
* *

Que eres débil exclamas: no, mentira,
Yó sí que arrastro la mortal flaqueza;
Quisiera aborrecerte y ¡te idolatro!
Muger ¡eres tan bella!

LEJOS DE TI.

A CONCHA.

Desterrado del nido en que tú vives
 Yó no puedo vivir!
 ¡Qué tristes son las horas de la tarde!
 ¡Qué triste estoy sin tí!
 Las errantes y oscuras golondrinas
 Su amor cantando van,
 Marchan rompiendo el aire con sus álas,
 Sus nidos á buscar.
 Una de esas errantes avecillas,
 Anida en mi balcon,
 Al contemplar sus álas voladoras
 ¡Cómo la envidio yó!
 Tal vez muy pronto, remontando el vuelo,
 De mi balcon huirá,
 Tal vez en el rosal de tu ventana
 Mañana cantará.
 Tal vez la mires ignorando que ella
 Ha estado junto á mí,
 Y ella en trinos alegres de mis cuitas
 Nada sabrá decir.
 ¡Qué tristes son las horas de la noche!
 ¡Cómo recuerdo yó
 Cuando te contemplaba de la luna
 Al pálido fugor!

Su luz esplendorosa iluminaba,
 Tu frente virginal
Y estático y de hinojos ¡como á un ángel
 Yo te llegué á adorar!
Un rayo de la luna nacarada
 Se quiebra en mi balcon,
Rayo de luz bendita y amorosa
 ¡Cómo te envidio yó!
Ese pálido rayo, en tu aposento
 Penetrará tal vez.
Y te verá en tu nido de paloma,
 Soñando en un Eden.
Ese rayo de luz, en tus megillas
 Un beso estampará,
Y un recuerdo, una lágrima, un suspiro,
 De mí no dejará.
Esa luna, tal vez de tu mirada
 Recibe ahora la luz,
¡Qué desgraciado soy! ¡Faro del cielo
 Qué feliz eres tu!

Á UN ENVIDIOSO.

(Á MUCHOS.)

Mortal veneno por tus venas corre,
Eres verdugo infame de tí mismo,
Si la virtud y el génio concluyéran

Envidiáras el vicio!

No tienes ni el consuelo de quejarte,
Que es tu vergüenza, lepra aborrecida;
Toda pasion encuentra sus palabras

¡Todas, menos la envidia!

El provocar tu rábia, ese es mi triunfo,
Te humillas ante mí con risa aleve.....

¡Qué horrible es el martirio de tu vida!

Por tí, se dijo ¡desespera y muere!

EL TRES DE NOVIEMBRE.

IPOBRE LOCAL

Á MI QUERIDO AMIGO EL EMINENTE POETA SR. D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

Era el día despues al triste día,
 En que el dolor ó *la costumbre* guía
 Los pasos de los vivos
 Á la masion eterna de los muertos.
 Sin écos yá, los fúnebres conciertos,
 En sus tumbas cautivos
 Los despojos que tristes escucharon
 El llanto y las angustias
 De aquellos séres que en el mundo amaron:
 Hollado el suelo, las coronas mústias,
 Marchitadas las flores,
 Emblemas de purísimos amores,
 Sin luces las antorchas que alumbraron
 Un sueño, de la noche que no acaba,
 Y que entre las tinieblas se apagaron
 Como la vida de la muerte esclava,
 Aquel lúgubre campo parecia

Un mundo de terror y de misterio,
 Bañado por las lágrimas del día,
 ¡Llanto de amor profundo
 Con que el ardiente sol, lloraba á un mundo,
 ¡Que no hay mundo mayor que un cementerio!
 La indiferencia y el mortal desvío
 Dejaban aquel campo solitario.
 ¡Imponente Calvario!
 En que muere la víctima de frío.
 La Cruz! solo la Cruz, cual dulce estrella
 El *sueño del no ser* velaba amante.
 Miriada palpitante
 De almas por sus recuerdos doloridas,
 Llegaba en ráudo vuelo, en torno de ella,
 Encontrando consuelo á su querella
 Y un Jordan que lavaba sus heridas.
 Despues nada.---Sin écos y sin nombres
 Se alzaban ruidos, leves y secretos,
 Tal vez fueran chasquidos de esqueletos,
 Quizás gritos lejanos de los hombres.
 Suelto el cabello en ráfagas de oro
 Do el viento dulce, suspiraba leve,
 Errante la mirada,
 Mal ceñido el tesoro
 Que el negro trage dibujaba en nieve,
 La frente marchitada,
 Y la profunda angustia retratada
 En el ráudo pisar de su pié breve,
 Una muger que del Abril florido
 Era imágen divina y hechicera,
 El campo de los muertos recorria,
 Con tanto afan, que ¡ay triste! parecia

Ave que busca nido
 Al declinar la verde primavera
 En el tronco de un árbol carcomido.
 Los hechiceros soles de sus ojos
 Fijaba en los despojos
 Que se maceran en la oscura fosa,
 De ellos quitaba la mirada ansiosa
 Y en álas de su lúgubre deséo,
 Miraba el orgulloso mausoléo,
 El nicho por el tiempo respetado,
 El sepulcro, memoria del pasado,
 Vaso del porvenir en el presente,
 Página de ese libro, que elocuente,
 Tan solo *¡Eternidad!* tiene trazado.
 Presa de angustia la muger pasaba
 Y un epitafio y otro releía,
 Y, *aquí no están*, decía,
 Y á otra tumba llegaba,
 Y *tampoco aquí están*, ¡oh! pena mía,
 Los muertos que yo busco, murmuraba.
 Y aunque el llanto en algunas ocasiones
 Á torrentes brotaba de sus ojos,
 Y al contemplar algunas inscripciones,
 Prosternada de hinojos,
 Sus lábios murmuraron oraciones,
 ¡Mis padres! exclamaba,
Nada más que mis padres, repetía,
 Mas ¿dónde está la Fé del alma mía,
 Dónde está mi Esperanza, sollozaba.
 Si es un profundo mar el Campo Santo,
 Do paran los arroyos de la vida,
 Si la gota de llanto,

¡Oh mutacion! Del aterido invierno
 Al foco del calor de hirviente estío,
 Y del silencio frío,
 Al ardiente clamor de ruido eterno.
 Y como en las entrañas encendidas
 Del Etna cavernoso, los torrentes
 De fuego se dilatan,
 Y buscando del monte las heridas,
 En arroyos flamígeros é hirvientes
 De aquel mar inflamado se desatan;
 La ciudad populosa repartía
 Por todas sus arterias,
 Torrentes desbordados de miserias,
 Arroyos de ventura y de alegría.
 La pobre niña, en su delirio insano,
 Las calles y las plazas recorría,
 Y en álas de su afan y su agonía
 Loca buscaba el misterioso arcano.
 Llenaban sus oídos,
 Inúmeros sonidos.
 Las músicas profanas,
 Apagando el clamor de las campanas,
 Los cantares, ahogando los quejidos,
 Los suspiros de amor y las canciones
 De inmundas cortesanas,
 Las blasfemias, los himnos religiosos,
 Todo sonando al par, écos dichosos
 Entre gritos de horribles maldiciones.
 Y todo en confusion, junto á la vírgen
 La meretríz avara de mancilla,
 Y como por corona del palacio
 Llena de nieve y hambre la bohardilla.

.

 En los templos entró, vió mucha gente,
 Encontró poca fé, la muchedumbre,
 Rezaba por costumbre,
 Ni con el corazon, ni con la mente.
 Quiso rezar, rezó; mas la armonía
 De las palabras con que á Dios se invoca,
 Saltaban como hielo de su boca
 Dejando al alma en la tiniebla fría.
 Salió del templo y encontró á los hombres,
 Y les habló de Amor y de Esperanza,
 Y ellos, trocando tan hermosos nombres,
 Sin respeto al dolor de su amargura,
 Le dijeron, Amor es tu hermosura,
 Y engañaron su ciega confianza.
 Y al recordar entonces la infelice,
 Al amante, ladron de su pureza,
 Al libro aquel;—que asesinó villano,
 La santa fé que ardiera en su cabeza,
 La blasfemia escuchada y retenida,
 Ese inmenso océano
 De crímenes, ponzoña de la vida,
 Exclamó con pesar, pero con calma,
 Ay! muertos de mi alma!
 Yá sé dó están las urnas que os esconden.
 ¡Cada mortal sobre su pecho lleva,
 Abierta tumba que de muertos ceba
 Y que á los gritos del dolor, responden!
 Esas tumbas que viven,
 Más cerradas están para mi llanto
 Que los nichos del triste Campo Santo!

Miro sobres los mármoles los nombres
De los séres queridos,
Mas ¡qué helados están y qué escondidos
Los corazones fieros de los hombres!
¡Oh! terrible agonía!
¡Ellos son los sepulcros de las almas!
¡Ellos sepulcros son del alma mia!
Sepulcros sin coronas y sin palmas!

EL MODERNO POETA.

—
A LUIS MONTOTO.

Cual lava de volcan, sube al espacio
El pensamiento en llama creadora,
Hoy yá no espira la inmortal idea,
Ahogada por la forma.

Hoy, las Musas, gentílicas deidades,
Mueren sobre un altar de mústias flores,
No encuentran ni un acento que las llame
Para cantar al hombre.

En un altar más grande y más sublime,
El vate quema, generoso incienso.
La humanidad! es fuente del poeta,
Su libro ¡el universo!

No en vano el siglo, reveló á las mares,
En ráuda chispa, el pensamiento humano,
Y no en vano, el altar de la costumbre
Se trueca en holocáusto.

Llebad al corazon un sentimiento,
No una nota de música al oido,
Una sublime idea, una enseñanza,
No un efimero ritmo.

Ayer érais esclavos y juglares,
Que ahuyentábais el tédio á los señores.
¡Hoy hombres sois! Los hijos de los cielos,
Héroes serán mañana y sacerdotes!

LAS FLORES DE LA GRANJA.

Poesía leída por su autor en el Teatro de San Ildefonso,
y dedicada á las bellas Señoritas que le regalaron una corona de flores
en la noche del 4 de Setiembre de 1873.

Huyendo del luto y guerra
En que mi tierra se abrasa,
Dejé mi tranquila casa,
Dí un tierno adios á mi tierra.

Á mi adorada ciudad
Con pena amarga dejé,
Pero aquí puerto encontré
De cariñosa amistad. (a)

Al cruzar estos caminos
Ví esas montañas gigantes,
Que sostienen vacilantes
Sus cabelleras de pinos.

(a) La casa de mis buenos y nunca olvidados amigos los Sres. de Soriano, en la cual pasé deliciosos días en compañía de mis queridos primos los Marqueses de Bogaraya.

Miré á este pueblo, que alzado
 Está á los piés de esas lomas,
 Como bando de palomas
 En la llanura posado.

Visité de sus jardines
 Las profundas alamedas,
 Las estendidas olmedas,
 Los misteriosos confines.

Sus ásperos peñascales,
 Y sus cortadas llanuras,
 Y sus verdes espesuras,
 Y sus frescos manantiales.

Y absorto de admiracion
 Ví las aguas transparentes
 Alzándose de las fuentes
 Que asombro del mundo son.

Ví monstruos, silfos y ondinas
 Lluvia de plata arrojando,
 Y caballos galopando
 En las aguas cristalinas. (b)

(b) Alusion á la Fuente llamada de «Las Carreras de Caballos.»

Ví quiméricos tritones
Con sus colas bifurcadas,
Eternamente agitadas
En horribles contorsiones.

Todo grande, todo hermoso,
De otra edad rico vestigio....
¡En cada peña un prodigio
De un pensamiento coloso!

Hasta el líquido elemento
¡Que del surtidor se eleva.....
Parece como que lleva
Alas hácia el firmamento! (c)

Pero no pude encontrar
Lo que al vergel presta encanto,
Prados de rojo amaranto,
Y perfumes de azahar.

Purpúreas y blancas rosas
En racimos apiñadas,
Para adorno preparadas
Del pecho de las hermosas.

Castas violetas, que lloran
Del césped en los rincones,
Cual los tristes corazones
Que se ocultan cuando adoran.

¡Las flores! ¡Son el amor,
Son hojas del libro santo,
Donde escribe un tierno canto
La mano del Criador!

Y donde faltan, sin calma,
No encuentra la mente mía,
Esa dulce poesía
Que es el éxtasis del alma.

Mas mis ojos me engañaron
Flores, pintaban el suelo,
¡Tan bellas! que para el cielo
Solamente se criaron.

Flores, de preciado aroma,
Flores, de belleza rara,
Flores, que un moro envidiára
Para el jardin de Mahoma!

No es un loco pensamiento
Ni son sueños delirantes...
¡Contemplad esos semblantes
Y luego, decid si miento!

Ellas son las flores, ellas,
De estos jardines... ¡las niñas!
Y son para estas campiñas
Aves y flores y estrellas.

Séres son ¡ay! que se adoran,
Que hacen del alma un volcan,
Que corren, vienen y van,
Que cantan, rien y lloran.

Yó tambien lloro al pensar
Que esas criaturas divinas,
Son, como las golondrinas
Que el nido piensan dejar.

¡Dolor terrible y eterno!
¡Esa bandada hechicera,
Viene con la primavera
Y se marcha ante el invierno!

Como solitarios nidos,
Quedarán de luto llenos,
Esos vergeles amenos,
Esos bosque escondidos.

El huracan rebramando
Traerá apiñados turbiones,
Y los fieros aquilones
Irán la muerte sembrando.

Envuelto en acentos broncos,
El aire dará silbidos,
Y con fieros estallidos
Se desgarrarán los troncos.

¡Terrible, terrible suerte!
Al daros su despedida.....
Estos campos de la vida,
Campos serán de la muerte.

Y llorando sus querellas,
Montes, jardines y prados,
Dirán con écos turbados,
¡Dónde están, dónde están ellas!

Yó tambien con emocion
Os tendré que recordar.....
¡Un trono, un templo, un altar,
Os eleva el corazon!

De vuestros ojos, de hinojos
Adoro los resplandores.....
No son iris, ni fulgores.....
¡Es Dios que está en vuestros ojos!

Bendito ¡bendito el dia!
En que yó pisé este suelo,
Porque en vosotras, ví el cielo
De mi dulce Andalucía!

A DON ALFONSO XII.

Mira Alfonso á tu España, en guerra impía,
Exhalando su aliento entre dolores,
Y mira las venganzas, los horrores,
Frutos amargos del *maldito dia*.

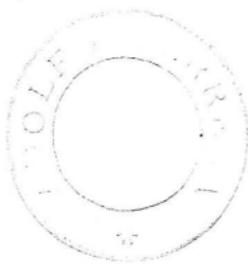
En él, haciendo insulto á la hidalguía
Y al honor castellano, unos traidores
El sólio de tus ínclitos mayores
Derribaron con vil apostasía.

Cubiertos con la lepra del encono,
Su ambicion nos arrastra hácia la muerte;
La salvacion de España, está en tu trono:

Mas ¡no vengas, Alfonso, hasta que inerte,
Llorando su miseria y tu abandono,
El pueblo ingrato aprenda á merecerte!

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
Doña María Coronel.	5
Cualquier cosa: versos	21
Romance.	23
¡Pobres Flores!	29
Sus ojos me decían suspirando.	30
A X.	31
Mi amor.	32
El Jordan.	33
En un album.	35
A la memoria de la Srta. doña Mercedes Lasartes.	36
¡Sin alma!	37
¡Qué sola y qué triste!	38
Las tres gracias.	39
Transfiguración.	42
A una coqueta	44
Olvídame.	45
El vuelo	48
A un cadáver	51
El Veterano	52
Me han dicho....	53
Del cielo al infierno.	54
No me miren más tus ojos	57
Que eres débil exclamas...	57
Léjos de tí	58
A un envidioso.	60
El Tres de Noviembre	61
El moderno Poeta	68
Las flores de la Granja.	70
A Don Alfonso XII.	77



NOTA.—En las páginas 41, línea 8.^{ta}, dice: *Y en ellas*, debiendo leerse: *Y eran ellas*; y en la 61, línea 7.^{ta} se lee *masion* por *mansion*.